

los pecados de sus moradores; pocas serían también las aldeas en las que sus rústicos habitantes no poseyesen una ermita pública ó privada, para adorar al Dios de la Eucaristía. ¡Tal era la adhesión sincera que á tal Sacramento profesaban!

**305.** Si trazáramos un sencillo á la par que reducido cuadro en el que se reprodujesen los períodos de persecución é intervalos de paz cristiana, lograríamos haber dado cima á las cuestiones bosquejadas en las secciones precedentes. Esto sería en verdad, de tanto mayor mérito cuanto por él explicaríamos los tiempos en que el culto de la Eucaristía era público ó privado, tolerado ó perseguido. Á la verdad, no todas las persecuciones fueron igualmente encarnizadas, ni todas duraron el mismo tiempo, ni fueron extensivas á todos los países. La de los judíos y de Claudio fueron solamente parciales. Nerón, que dió principio á las persecuciones el año 64, prosiguió la suya hasta el 68, que fué terrible en extremo, máxime en algunas provincias, ya que aquel monstruo se había propuesto acabar con la Religión Cristiana, á cuyo fin no dejó de emplear cuantos medios estuvieron á su alcance. En España se le levantó un monumento por haberla limpiado — decíase — *de ladrones*, esto es, de cristianos: ¡tantos, por dicha, fueron los mártires! Veintisiete años gozó de paz la Iglesia, hasta que Domiciano, el año 95, renovó la persecución, aunque no con tanta crueldad como su antecesor, teniendo fin al siguiente año, en que fué aquél asesinado. Con Nerva disfrutaron los cristianos dos años de paz, que les fué quitada al subir al trono Trajano, en el 99. Éste la mitigó hacia el fin de su reinado, y cuando en 117, Adriano subió al solio imperial, concedió general amnistía á los profesores de la cruz, tanto que, según dice Lampridio, pensó en hacer adorar al Redentor, lo cual no se consiguió en ninguna manera por su carácter veleidoso, así que se renovó la persecución según el tenor del tiempo de Trajano. Sin embargo, los fieles, durante algunos intervalos de tranquilidad, pudieron construir algunas iglesias, que llamaron Adria-

nas, por edificarse en tiempo del emperador de este nombre. En 138 tomó el cetro Antonino Pío, durante cuyo gobierno, que fué hasta el 161, respiró la Iglesia. Sucedióle el filósofo Marco Aurelio, quien se complació demasiado en dar tormento á los cristianos; pero á la muerte de éste, ocasionada en 180, gozó unos pocos años de paz, alguna que otra vez alterada, durante los cuales se construyeron algunos templos cristianos. En 192, Septimio Severo se mostró propicio á los hijos de la Iglesia; pero después del año 197 comenzaron algunas persecuciones parciales, que terminaron por poner en juego una general, la que no cesó hasta el 211 en que subió al trono Caracalla, tanto el cual como sus sucesores hasta Alejandro Severo, la Iglesia sólo gozó de media paz. Este emperador, que gobernó tres años, hasta 235, apreciaba mucho á los cristianos, por lo cual no los molestó jamás, llegando su delicadeza á colocar la estatua de Cristo junto á las de Orfeo y Apolonio. Mas cuando los fieles pensaban hallarse en el colmo de la tranquilidad, merced á la benevolencia que con ellos desplegaba Alejandro, les sobrevino una fortísima borrasca con el advenimiento al trono del regicida Maximino, quien les persiguió por lo mismo que aquél los había colmado de favores. Gracias al Omnipotente, este calamitoso reinado sólo duró tres años, pasados los cuales, y con haber sido elevados sucesivamente al solio Pupiano, Balbino, Gordiano y Felipe, la Iglesia volvió á la paz anterior, mayormente en el gobierno de este último, de quien se dudaba si sería cristiano, no faltando quienes aseguren que recibió el bautismo de manos del papa S. Fabián y que fué repelido en cierta ocasión de la Comunión sacramental por S. Babilas, obispo de Antioquía, á causa de sus pasados crímenes.

Así las cosas, sobrevino la muerte en 249 á Felipe, y á partir de esta fecha hasta el año 260, la Iglesia experimentó las más crueles vejaciones, aunque no siempre con el mismo furor. Decio sucedió á Felipe, fulminando leyes atroces contra los adoradores de Cristo; se obligaba á éstos por medios, difíciles de referir, que abandonasen su Religión; las

iglesias se redujeron á escombros; se hacía ejecutar ignominiosamente á los sacerdotes y demás ministros; y á todos los fieles en general, que no optaban apostatar, se les daban martirios inauditos; con decir, en una palabra, que Decio se había propuesto acabar con la Iglesia Católica, está consignado todo. Vió la muerte este bárbaro en 251, y hasta el 253 los cristianos sólo disfrutaron de una paz muy triste, pues Galo, que gobernó el imperio durante este tiempo, mandaba desterrar á los eclesiásticos. Sucedióle Valerio, quien, aparentando al principio indulgencia, prosiguió luego la persecución, según la costumbre del anterior; á cuyo fin, entre otras cosas prohibió las Asambleas cristianas, y decretó la muerte de los sagrados ministros. Dió fin á esta horrible persecución su hijo Galerio, en 260, dejando en completa libertad á la Iglesia, y reconociéndola legalmente como corporación religiosa, cuya paz disfrutó por espacio de 43 años, siendo interrumpida parcialmente en alguna que otra parte, como en las Galias y parte septentrional de España, debido á las invasiones de los francos y suevos.

Hasta el año 303, Diocleciano se había captado la benevolencia de los cristianos mediante los favores con que les colmaba; pero á partir de esta época, y merced á intrigantes políticos, les declaró una guerra cruelísima que podía compararse con la de Nerón. En Frigia se incendió un templo lleno de cristianos, los cuales quedaron reducidos á cenizas juntamente con el sagrado edificio y la ciudad; se hizo cuanto se pudo por acabar de una vez con la Iglesia, y, á excepción de Constancio, los demás Césares perseguían horriblemente, cada uno en sus territorios respectivos. Galerio la otorgó una paz forzada en 311, que fué cuando se hallaba próximo á la muerte, y en 313, Constantino y Licinio publicaron un decreto ordenando que no se molestase absolutamente á los cristianos por motivo de su Religión, antes bien les protegiesen; pero el desgraciado Licinio, que se había confederado con su cuñado Constantino por causas políticas, comenzó en 319 á perseguir á los cristianos del Oriente, territorio de su jurisdicción, y habiendo en 323 de-

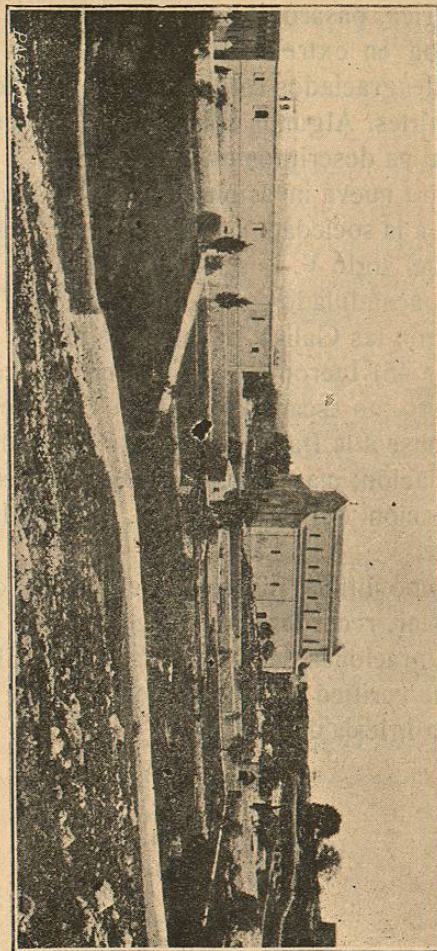
clarado la guerra á su rival, fué derrotado por éste, quedando entonces Constantino soberano único del imperio. Favorecido este emperador con tantas gracias del cielo, concedió absoluta y omnimoda libertad á la Iglesia, colmándola además de privilegios y donativos de gran cuantía.

Es de advertir que, aun cuando Constantino optó por la Religión del Crucificado, empero por no exasperar á los paganos toleró sus prácticas religiosas, mostrando, no obstante, mayor predilección por aquélla. Sus hijos Constantino, Constancio y Constante, llevaron adelante los buenos deseos que su padre les legara; particularmente Constancio, que llegó á quedar único soberano del imperio, prohibió, bajo pena de muerte, todo sacrificio en honor de los dioses; pero, poco antes de 350, dió oídos á los arrianos y comenzó á perseguir á los católicos con intervalos de tolerancia. Juliano el Apóstata, que le sucedió, mostró al principio grande amor al Cristianismo; pero fué amigo también de los arrianos y concluyó con ser pagano práctico, persiguiendo á la Iglesia en sus fieles. En 363 murió este príncipe, y elegido Joviano, promulgó libertad religiosa universal. Valentiniano siguió esta práctica, pero Valente, su asociado, persiguió atrozmente á los católicos. Teodosio I, y después de él sus hijos Arcadio y Honorio, practicaron cuanto pudieron para matar el paganismo y enaltecer la Religión Católica.

Una nueva época de alteraciones experimentó la Iglesia y también la sociedad occidental desde el mismo principio del siglo V. Existían hordas de salvajes, compuestas de godos (divididos en visigodos y ostrogodos) vándalos, alanos, suevos y hunos, que de tres siglos anteriores se habían acampado más allá de la otra orilla del Danubio, siendo ésta en verdad la fortísima barrera que detenía á aquellos bárbaros, ávidos de pisar el Occidente, aunque ciertamente estaban reservados por Dios para una hora más propicia. Los visigodos antes católicos, se hicieron arrianos; ya que esta fué la triste condición que les impusieron al dejarles pisar la otra ribera; de los visigodos pasó el arrianismo á los ostrogodos,

vándalos y demás, excepto los hunos, que probablemente eran idólatras. Constantino retardó por mucho tiempo la invasión, y Teodosio los contuvo, no sin gran trabajo; mas en él principado de los hijos de éste, aprovechando la división del imperio, se lanzaron dos veces sobre él: en 403 y 405, aunque otras tantas fueron rechazados; empero lograron apoderarse de las Galias la vez segunda. En 409, Alarico, puesto al frente de los visigodos, se presenta en Roma y se apodera de una ciudad amedrentada. Después del pillaje á que se vió reducida, aconteció un suceso dignísimo de ser recordado, y que revela el respeto que semejantes herejes profesaban á los católicos y á sus cosas sagradas. Desde el monte Quirinal al Vaticano, dos largas hileras de soldados visigodos, ordenados en procesión, conducían en medio á los sacerdotes católicos, que, entonando salmos é himnos, llevaban las reliquias de los mártires y los vasos sagrados que Alarico había mandado respetar. Mas no paró aquí la invasión. El Omnipotente quería purificar la sociedad de los crímenes que hubiera ejecutado. Con efecto; aquéllos, silingos, vándalos, alanos y suevos, que se apoderaron de las Galias, deseosos de conquistas, traspasan en 411 los Pirineos y se introducen en España; estableciéndose los vándalos en Andalucía, los alanos en la parte oriental y central, y los suevos en Galicia, León y Castilla. Menos mal que estos últimos en 448, llegaron á ser católicos con Rechiario, convertido por Santo Toribio de Liébana, de que renegaron en 464 con Remismundo, volviéndose arrianos. Todas cuantas iglesias encontraban á su paso eran devastadas, lo mismo que las ciudades, y pasados á cuchillo los sacerdotes. Un siglo después abjura Carriarico los errores arrianos y con la elevación al trono de su hijo el católico Teodomiro y más aun, del fervorosísimo Mirón, su nieto, respiró Galicia el perfume suave de la Religión Católica, que tristemente fué ahogado con la usurpación de Andeca y sobre todo con las violentas conquistas del visigodo Leovigildo.

Muerto Alarico en 410, Ataulfo que le sucedió en el mando pasó á las Galias en 412 y poco después á España con



Fotografado 42. (\*)

Emaús; lugar donde Nuestro Señor Jesucristo se mostró á sus dos discípulos en la fracción del Pan Eucarístico.

(\*) Recuérdese que la estrellita, en la forma indicada, significa que el monumento á que se refiere el fotografado no había sido publicado todavía; y en este concepto, no fueron publicados los de los fotografados 1, 2, 3 y 42, que por olvido no se expresó en su lugar respectivo.

objeto de arrebatar las posesiones á los anteriores bárbaros, y siendo arriano como sus sucesores, hasta Recaredo, figúrese cómo andarían los negocios de los católicos. En esto los vándalos eran oprimidos en nuestra Península, y siendo llamados en 418 por el conde Bonifacio, que gobernaba el África, pasaron á ésta en número de 80.000, que la oprimieron en extremo, cebando cada día más su ferocidad en los desgraciados católicos, que, viéndose solos, no podían resistirles. Algunos episodios de esta cruel persecución quedaron ya descriptos en el cap. XII.

Otra nueva invasión más terrible que las anteriores esperaba á la sociedad, particularmente á la Iglesia, hacia la mitad del siglo V. Los Hunos, bárbaros feroces sin comparación, acaudillados por Atila, llamado *el azote de Dios*, atravesaron las Galias, devastando cuanto encontraban á su paso; en 451 fueron derrotados en los campos Cataláunicos; empero, no escarmentados de esta horrible tragedia, dirigieronse á la Italia, sembrando por todas partes el luto y la desolación; mas gracias al Dios de los cristianos que, por mediación del papa S. León, se humillaron y regresaron al Norte.

Como última pincelada del cuadro que nos propusimos delinear, recordaremos la conversión de Clodoveo, debida á las oraciones de su esposa Santa Clotilde y cuyo bautismo se verificó en 496, pudiendo desde este momento respirar la Iglesia de Francia.

---



---

## APÉNDICES Á LA EDAD ANTIGUA EUCARÍSTICA

- I. Sobre la Misa primitiva.*—**306.** Los discípulos españoles de Santiago el Mayor aprendieron la Misa de este apóstol, ó de S. Pedro?—**307.** En el primer caso, debía ser enteramente igual ó muy semejante á la de S. Pedro.—**308.** Los discípulos de Santiago trajeron y arraigaron dicho rito en España.—**309.** Esta Misa es la llamada Gótica ó mozárabe.—**310.** La misma fué en un principio la que se usó en África y Francia.—**311.** España no la recibió de Francia, ni ésta de aquélla.—**312.** Cómo tuvo lugar en España el cambio accidental de este antiguo rito?
- II. 313. Carta de S. Clemente Papa.*
- III. 314. Cánones apostólico-eucarísticos.*
- IV. Abusos cometidos en la Edad Antigua referentes al Misterio de la Eucaristía.*—**315.** De los que tocaban sin pertenecerles los vasos sagrados.—**316.** Penas á los que inmolaban á los ídolos.—**317.** Se daba la Eucaristía á los difuntos.—**318.** En algunos lugares se innovaron algunas cosas integrales de la Misa.—**319.** Se celebraban muchas Misas al día.—**320.** Se negaba alguna vez el Viático á los que se hallaban en el artículo de la muerte.
- V. Doctrina de los doce apóstoles.*

### APÉNDICE I

Mucho se ha discutido respecto á cuál fué la Misa celebrada por el apóstol S. Pedro, y si esta misma fué la que se introdujo en España; empero, no seré yo quien venga ahora á dirimir la cuestión, con tanta lucidez tratada por eminentes litúrgico-historiadores; mas porque poco he-